

MAXI
TUSQUETS
EDITORES



**YOKO
OGAWA**

La Policía de la Memoria

YOKO OGAWA
LA POLICÍA DE LA MEMORIA

Traducido del japonés
por Juan Francisco González Sánchez

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

En ocasiones, vuelvo a preguntarme qué fue lo que desapareció de nuestra isla en primer lugar.

—Mucho antes de que vinieras a este mundo —me decía mi madre cuando yo no era más que una niña—, la isla estaba repleta de cosas que han desaparecido paulatinamente y que ya no se encuentran entre nosotros. Se trataba de objetos, conceptos e incluso seres vivos de lo más variado y con las más diversas características: transparentes, aromáticos, zigzagueantes como culebrillas o brillantes como diamantes... Cosas maravillosas que ni siquiera tú, mi niña, eres capaz de imaginar.

Yo escuchaba embelesada, con los ojos bien abiertos y sin perder detalle, cada una de las palabras de mi madre.

—Desgraciadamente, tras su desaparición, el recuerdo de cada uno de esos objetos va escurriéndose poco a poco de nuestra memoria y desbordándose, como gotas de agua, para precipitarse al profundo pozo del olvido. Si vives aquí, ten por seguro que a ti también te sucederá, y lo único que cabe preguntarse es qué será lo primero que olvides.

—Pero dime, mamá, ¿sentiré miedo cuando eso suceda? —preguntaba yo, llena de aprensión.

—Ni lo más mínimo —replicaba ella—. Sucede sin que apenas te enteres. No sentirás dolor ni fatiga. Una mañana

de un día cualquiera, al despertar, algo se habrá esfumado de tu vida, dejando intacto lo demás, y, entonces, tan solo percibirás un tibio desajuste con respecto al día anterior. Te recomiendo cerrar los ojos y aguzar el oído, captar la sutil diferencia que vibra en el aire como una especie de señal. Y si prestas suficiente atención, es posible que se te desvele la identidad de aquello que habrá dejado de existir en la isla y, por tanto, habrá salido también de tu vida para siempre.

A mamá le gustaba sacar y abordar el tema de las desapariciones cuando nos encontrábamos en su polvoriento estudio del sótano, siempre transitado por el cristalino murmullo de un arroyo que discurría junto al ala norte de la casa. En los más de treinta metros cuadrados de suelo áspero del estudio, yo pasaba largos ratos sentada en un taburete observándola afanarse en tareas como afilar un cincel o pulir piedra con papel de lija: era escultora.

—¿Sabes? Cada nueva desaparición trae consigo cierto grado de agitación en la población de esta isla —continuaba en su habitual tono sereno—. La gente sale a la calle e intercambia sus opiniones y pareceres acerca de aquello que ha desaparecido antes de que su recuerdo se desvanezca por completo. Mientras unos muestran consternación, otros buscan consuelo y recreo en una especie de nostalgia prematura. Sea cual fuere su reacción emocional, mantienen viva la costumbre de quemar o enterrar, según el caso, los restos que todavía conservan del objeto que ha caído en obligado olvido. A veces, también los lanzan al río. Dicha actividad altera la rutina ordinaria durante apenas dos o tres días, transcurridos los cuales nadie conservará el más mínimo recuerdo de qué fue aquello que había formado parte de sus vidas hasta poco antes.

Invariablemente, mamá se detenía al llegar a ese punto. Abandonaba por un momento sus utensilios de escultura y

me llevaba a un pequeño rincón situado bajo la escalera, en el que se encontraba una vieja cómoda repleta de pequeños cajones.

—¿Por qué no pruebas a abrir uno de los cajones? —me proponía—. El que quieras.

Mis ojos recorrían despacio cada uno de aquellos tiradores ovalados cubiertos de óxido mientras me preguntaba cuál de los cajones debía abrir. Me tomaba cierto tiempo decidirme por uno.

De hecho, lo meditaba largamente. Sabía que en el interior de cualquiera de ellos se escondía algún objeto tan enigmático como fascinante. Y sabía que esos objetos formaban parte del pasado olvidado de la isla, que solo habitaban en ese lugar secreto bajo la escalera, al amparo de mamá.

Por fin me decidía. Abría un cajón, y entonces mamá, sin dejar de sonreír, colocaba el contenido que se ocultaba en él sobre la palma de su mano.

—Mira. Es un lazo —indicó en una de esas ocasiones—. Desaparecieron cuando yo apenas tenía siete años. Servían para adornar el pelo y se cosían a la ropa.

—Esto es un cascabel —señaló en otra ocasión—. Verás. Hazlo rodar sobre la palma de tu mano. Qué sonido tan agradable produce, ¿verdad?

—Qué magnífica elección has hecho hoy —aplaudió cierto día—. Este cajón contiene una esmeralda, precisamente el objeto al que, entre todos, le guardo más cariño. Se trata de un valioso recuerdo de la abuela, y, como ves, es de una distinción y belleza incomparables. Pese a que antiguamente las esmeraldas eran las piedras preciosas más apreciadas y cotizadas de toda la isla, nadie conserva siquiera el más exiguo recuerdo de lo que eran, de su hermosura y singularidad.

—¿Y qué me dices de este papelito tan pequeño y finito?

Se llamaba «sello». Cuando querías comunicarte con alguien que se encontraba a considerable distancia de ti, escribías en un papel lo que desearas decirle y adherías un sello para que pudiera llegarle por muy lejos que viviera; de manera que el sello cumplía con una función muy importante, ¿no crees? Pero eran otros tiempos...

Lazo, cascabel, esmeralda, sello... Aquellas palabras pronunciadas por mamá emanaban fragancias exóticas de plantas recién descubiertas y de nombres pintorescos de niñas de lejanos países, y yo disfrutaba evocando ecos de épocas pasadas en las que aquellas palabras todavía recorrían las calles y las casas de la isla. Sin embargo, dicha imagen flotaba difusa y distante en mi mente. Aquellos objetos que mamá me ponía sobre la palma de la mano se me antojaban pequeños mamíferos durmientes, acurrucados y sumidos en un estado de hibernación, cuya vida latía opaca y oculta en su interior. Entonces, ante aquellos cajones secretos, me embargaba una sensación de vacío; y del mismo modo que pasaba el rato volcada en la inútil tarea de modelar en arcilla la inaprensible forma de las nubes, me entregaba también a los etéreos sonidos de aquellas palabras que manaban de los labios de mi madre, permitía que calasen en mí.

De entre todos los relatos que me contaba mi madre, mi favorito era el del *perfume*, que era un líquido transparente contenido en un pequeño frasco de cristal. La primera vez que sostuve en mis manos aquel frasco de cristal con el líquido transparente, pensé que allí había agua azucarada para beber e, inmediatamente, me lo llevé a la boca.

—¡No, no! ¡No lo bebas! —me advirtió mi madre entre risas—. Mira, voy a ponerme una gota aquí, en el cuello. ¿Ves?

Mamá se acercó el frasquito al cuello, tras la oreja, y muy cuidadosamente lo inclinó hasta que una sola gota asomó, quedó suspendida en el borde y se unió a la piel.

—¿Y para qué haces eso? —pregunté, sin la menor idea de qué era lo que acababa de hacer mi madre.

—El perfume, propiamente dicho, es invisible —replicó ella—. No obstante, puede conservarse en el interior de un frasco.

Agucé la vista para observar el etéreo contenido.

—Una sola gota sobre la piel basta para otorgar a todo tu cuerpo una fragancia muy agradable que puede llegar a cautivar a quien se encuentre cerca y advierta el olor —explicó mamá—. Cuando era jovencita, todas nos poníamos un poquito antes de una cita con un chico, y tan importante era elegir un perfume como ponerse el vestido adecuado. Este que tienes ahora sobre la palma de la mano es el que usaba yo cuando salía con tu padre. Me costó mucho encontrar uno que no sucumbiera a la intensidad de la fragancia de las rosas del jardín donde solíamos vernos. Me refiero a ese jardín que hay en la ladera del cerro que mira al sur de la isla. Recuerdo la sensación del viento haciendo ondear mi pelo mientras yo observaba a papá con el rabillo del ojo, preguntándome si habría advertido la fragancia de mi perfume.

Las palabras de mamá se impregnaban de una mayor vehemencia cuando me hablaba del perfume que cuando lo hacía de cualquier otro objeto de su colección.

—Aunque en aquella época podíamos percibir todo un abanico de olores —prosiguió— y dejarnos maravillarnos por una gran variedad de matices, hoy nada de aquello forma parte de nuestras vidas, y nadie ha vuelto a recordarlo. Incluso si hubiera alguien capaz de echar de menos aquellos olores de otros tiempos, no encontraría una tienda donde adquirir un frasco. Recuerdo la fatídica fecha en que ocurrió: fue exactamente en el otoño del año que me casé con tu padre. Entonces se produjo la desaparición de los perfumes. Tengo muy presente la imagen de los vecinos acudiendo en procesión a

la ribera del río con sus frascos, y los veo destapándolos para verter su contenido en las aguas para que estas lo arrastraran y se lo llevaran para siempre lejos de la isla. No faltaban quienes se acercaban los frascos a la nariz a modo de gesto lastimero de súbita nostalgia por el aroma perdido. Era inútil, su sentido del olfato se había tornado tan inservible como la capacidad de su memoria para evocar el perfume. Este ya no era más que simple agua para sus narices. Y así transcurrieron dos o tres días durante los cuales una enorme cantidad de peces murieron, de modo que una espesa capa de un hedor nauseabundo fue despleándose y extendiéndose sobre la superficie del agua, ante la más absoluta indiferencia de la población, cuyo sentido del olfato había quedado notablemente deteriorado.

Un aire melancólico se apoderó de los ojos de mamá, que me sentó sobre sus rodillas y acercó el cuello a mi nariz para que pudiera oler la gotita de perfume.

—¿Llegas a percibirlo? —preguntó.

Capté un leve matiz que lo hacía diferente al olor a pan tostado o al del cloro de la piscina, y rebusqué en mi memoria recuerdos que me permitieran al menos expresarlo con palabras, pero me quedé callada. Qué podía responder.

Mi silencio se prolongó hasta que, finalmente, mamá exhaló un suspiro y desistió de seguir intentando hacerme comprender aquello.

—Me rindo. Para ti esto no es más que agua. Una ínfima cantidad de agua. Y ya no hay nada que se pueda hacer para remediarlo. Lo perdido en esta isla perdido está. No hay manera de hacerlo volver.

Mamá colocó de nuevo el frasquito en el interior del cajón.

El reloj de pared dio las nueve, hora de volver a mi habitación y acostarme. Mamá, por su parte, martillo y buril en

ristre, se puso a trabajar de nuevo en su escultura, con la luna en cuarto creciente pintada sobre el cielo nocturno, al otro lado de la ventana alta del sótano.

Tras el habitual beso de buenas noches, pude verbalizar por fin la pregunta que había estado deseando hacerle durante todo ese tiempo:

—¿Cómo consigues recordar todo lo que ha ido desapareciendo? ¿Cómo es posible que huelas un perfume cuando el resto de la gente lo ha olvidado?

Mamá se quedó mirando la luna durante unos instantes y después se sacudió levemente con los dedos el polvo de piedra adherido al delantal.

—Yo también me hago siempre esa pregunta —respondió con un deje áspero en la voz—, pero no encuentro respuesta. ¿Por qué no pierdo ninguno de mis recuerdos? ¿Por qué precisamente me ocurre eso a mí? ¿Será así siempre o llegará el día en que también yo me sume a la lista de la desmemoria?

Mamá bajó la mirada en un gesto de resignación. Le di otro beso a modo de consuelo.